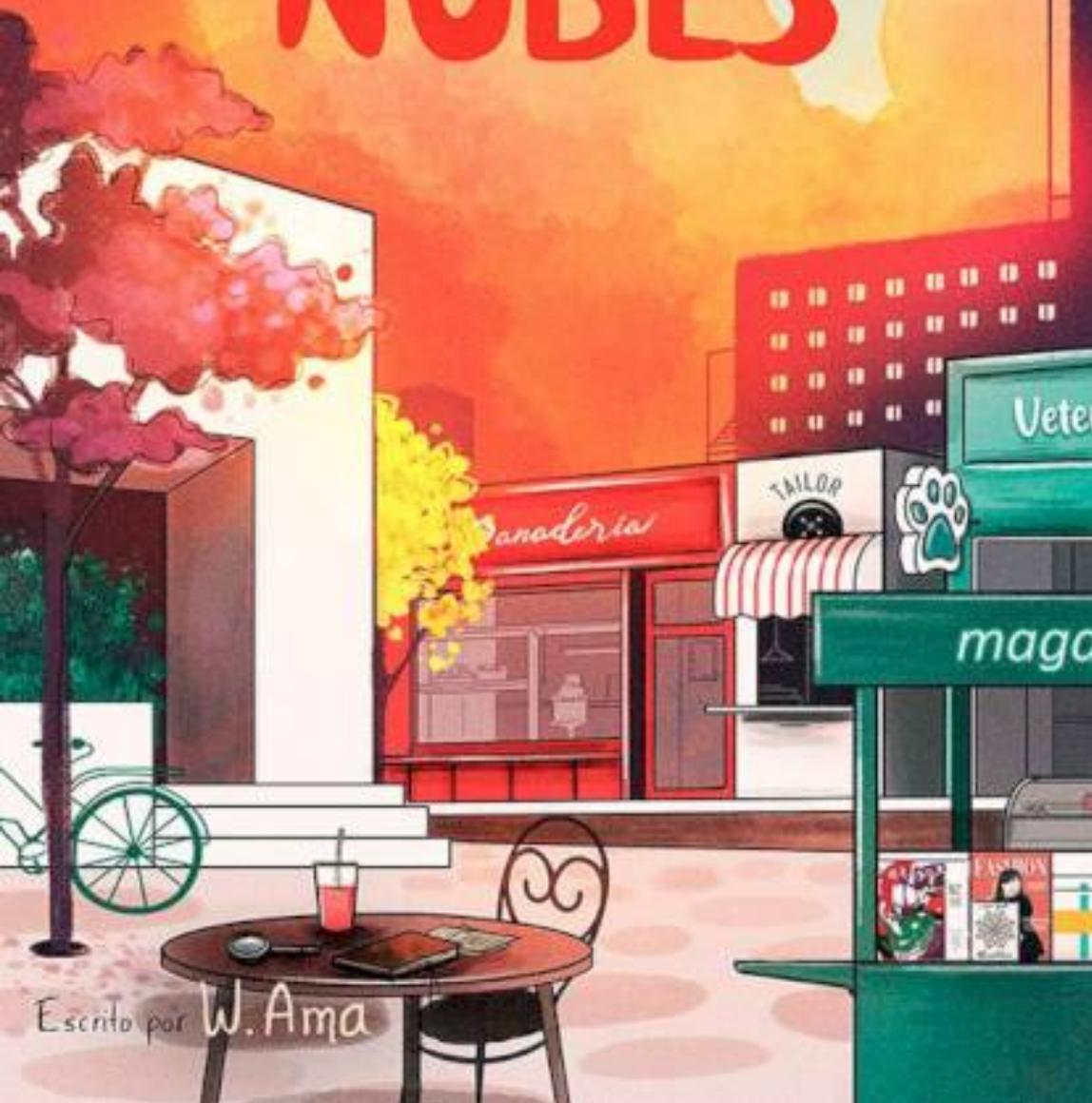




BRILLA ENTRE LAS NUBES



Escrito por W. Ama

¡Las amigas de la casa del árbol siguen con sus aventuras!

Esta vez se han propuesto hacer una sorpresa: un libro artesanal con papel reciclado por ellas mismas. Mientras tanto, la llegada al barrio de una enigmática exposición traerá no solo ilusión sino también más de un problema.

A María las cosas se le complican más de lo que pensaba, pero tratará de apoyarse en sus amigas y ser positiva para salir airosa de la situación.

¿Será capaz de brillar entre los problemas?

Lectura de 8-9 a 11-12 años. Literatura Ficción. Libros para niñas y niños.

*Te dedico esta nueva historia
de las amigas de la casa del árbol.
Espero que la disfrutes.
W. Ama*



Capítulo 1

Encuentros

Gretta acarició a su gato. Sabía que el contacto con su mano le tranquilizaba y le daba seguridad. Pero, ese día, el animal estaba muy inquieto. No paraba de asomar la cabeza por la ventanita de la bolsa de transporte, mientras miraba a la chica con cara de susto. Estaba claro que Mufy sabía a dónde se dirigían y no le gustaba nada. Ni siquiera habían entrado a la clínica veterinaria y ya había comenzado a maullar con desesperación.

Matilde empujó la puerta de la clínica y animó a Gretta a que pasara. Mufy escondió la cabeza dentro de la bolsa, como si a partir de ese momento no quisiera saber nada más del asunto.

–Vamos, gatito, ya verás como no te va a doler –dijo Matilde hablándole a la bolsa de transporte.

Parecía que el gato no olvidaba sus anteriores visitas al veterinario para ponerle una inyección o para curarle una herida, porque cada vez que entraban o pasaban cerca de la clínica, el gato trataba de escapar.

Una vez dentro, Marina, la auxiliar del centro para animales, les dio la bienvenida.

–Buenos días –saludó desde el mostrador mientras tachaba de una larga lista el nombre de Mufy.

–Buenos días, Marina –respondió sonriente la madre de Gretta–. Esta vez hemos llegado justo a tiempo: a las

diez, ni un minuto más ni un minuto menos.

—Ya veo, ya, pero siento decirlo que este sábado estamos a tope. —A Marina se le notaba bastante apurada, no le gustaba hacer esperar a los animales—. Lo siento, de verdad, aunque teníais cita a las diez, os va a tocar esperar. Y puede que bastante.

Gretta puso mala cara. La noticia rompía sus planes. Había quedado con sus amigas a las once y media en la casa del árbol y pensó que si tenían que esperar tanto se le podía hacer muy tarde.

Tal vez cuando llegara, sus amigas habrían empezado a hacer la sorpresa para Nadia, la madre de María. Las chicas le iban a regalar un recetario, con motivo de su nuevo negocio de helados. Lo iban a hacer con papel artesanal que ellas mismas iban a fabricar, y Gretta no quería perderse el divertido proceso.

La chica miró en dirección a una de las salas de espera con la esperanza de que Marina estuviera exagerando y, en realidad, no hubiera tanta gente. Pero enseguida pudo comprobar que aquello parecía una lata de sardinas, ¡no cabía ni un animal más!

—Pasad a la sala 2 —les sugirió la auxiliar mientras abandonaba el mostrador y sacaba una llave del bolsillo de su bata blanca—. Estaréis más anchas, aunque creo que no será durante mucho tiempo.

—No sabes cuánto te lo agradezco —le dijo Matilde mientras se quitaba la bufanda y la ataba en un asa de su bolso—. Mufy está muy nervioso, ya sabes cómo se pone cada vez que os visita.

Marina, con su cara más dulce, se asomó a la ventanita de la bolsa de transporte y le dijo unas palabras cariñosas al animal, pero este reaccionó con un gruñido.

—Vaya, parece que hoy está de muy malas pulgas —dijo Marina mientras encendía las luces de la sala 2—. Pero vosotras estaos tranquilas, ponerles el microchip es cosa de minutos y tan apenas lo sienten.

—Sí, lo sé. —Gretta asintió muy segura—. ¡Pero a ver quién convence a Mufy!

Gretta sabía que a los gatos no les dolía que les pusieran el microchip. Sus amigas se lo habían contado, una por una, conforme se lo iban poniendo a sus gatos. La primera fue Nira, la gata de Celia. Después del susto que se habían llevado con su desaparición, los padres de Celia habían decidido ponérselo cuanto antes, no querían más disgustos. Le siguieron Gardo, el gato de Paula, Min el gatito de Blanca y, hacía un par de semanas, se lo habían colocado a Glum, el de Blanca. Ninguno se había quejado y todos se habían portado muy bien, pero Mufy... era mucho Mufy, ¡menudo genio tenía cuando algo no le gustaba!

El grupo de amigas estaba impaciente porque todos los gatos tuvieran puestos los microchips. No solo estaba en juego poder encontrarlos si se perdían, también ellas tenían muchas ganas de poder volver a enviarse cartas, a través de sus gatos, con la tranquilidad que les daba que estuvieran bien identificados.

Y, ahora, le había llegado el turno al cabezota de Mufy. Gretta había cogido un montón de chuches para gatos del tarro que guardaba en la despensa y pensaba dárselas de premio si se portaba bien, pero ni siquiera esa promesa parecía convencer al animal.

El timbre de la puerta de la clínica veterinaria no paraba de sonar, y en menos de cinco minutos la sala 2 también se había llenado.

Parecía que esa mañana de sábado a todo el mundo le había dado por hacer lo mismo: ir al veterinario. La mayoría llegaba con cita previa, pero seguramente había otros que acudían sin cita con algún problema de última hora.

–Mamá. –Gretta quiso llamar la atención de su madre, que estaba leyendo una revista, y le tiró un poco de la manga del jersey–, no para de llegar gente. A este paso no llegaré a tiempo a la casa del árbol.

–Pues tienes razón. –Matilde abandonó la revista, miró por encima de sus gafas y pudo ver que la sala 2 contaba con nuevos animales–. Esperemos que la cosa vaya rapidita, o a mí tampoco me dará tiempo de salir a correr esta mañana.

Gretta echó una ojeada a su alrededor.

Allí estaban los López y su loro brasileño, que debía de ir a una revisión rutinaria pues se le veía de muy buen humor, moviendo el cuello en busca de alguien a quien contar uno de los chistes que se sabía a cambio de unas cuantas pipas. También estaba Raúl con su precioso y movido hámster que no paraba de dar vueltas en la rueda de su jaula. Y, a su lado, los Álvarez con su ardilla enana que no paraba de jugar con una almendra. Más allá, había un niño con un conejo negro que parecía muy desganado y hacía, de vez en cuando, un ruidito como de estornudo.

Gretta, además de impaciente, estaba muy aburrida, y aunque trataba de jugar con su gato, este no estaba de humor. La chica apoyó los brazos sobre sus rodillas y con la cara entre sus manos se dedicó a esperar.

La música ambiental de la sala de espera no fue capaz de disimular la voz de pito de doña Clocota al otro lado de la puerta, ni los ladridos de su perro Dug.

Cuando la puerta se abrió, Gretta comprobó que efectivamente se trataba de doña Clocota, y Mufy se asustó.

Les ocurrió lo mismo al resto de animales que, ante la presencia de Dug, se quedaron como estatuas. La almendra de la ardilla cayó al suelo, el hámster abandonó su carrera y el conejo negro se quedó con un ojo medio cerrado, en una mueca de estornudo congelado. Todos estaban muy asustados. Y no era para menos, los afilados colmillos de Dug asomaban por las rendijas de un bozal que le quedaba pequeño, dándole un aspecto de lobo enfadado.

El perro entró guiado por doña Clocota que permaneció de pie, pensando desde qué silla vería mejor a la gente. Se bajó las gafas hasta la mitad de la nariz y empezó a recorrer la sala con la mirada. Pasados un par de minutos, cuando hubo examinado bien el lugar, habló.

–¡Buenos días! –dijo chillando para luego, en un susurro, darle órdenes a su perro de que se estuviera quieto.

–¡Hola! –dijo Gretta incorporándose en su silla.

–¡Hola, Gretta! –Doña Clocota vio a la chica junto a su madre y quiso aprovechar la ocasión para hablar con Matilde–. ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin verte!

Doña Clocota se acomodó en una silla junto a Matilde y Gretta. Del maletín de transporte salió un maullido ahogado, como una súplica. Seguramente a Mufy tener cerca a Dug le ponía aún más nervioso.

–Pues nada, hemos traído a Mufy al veterinario –comentó Matilde por decir algo mientras miraba el reloj–. Pero llevamos más de media hora de retraso.

–Parece que a todo el barrio nos ha dado por hacer lo mismo esta mañana de sábado –comentó Gretta torciendo la boca en señal de fastidio.

–Bueno, a todos, a todos... no –dijo doña Clocota, algo enigmática, al tiempo que se colocaba el bolso sobre el regazo y estiraba de la correa de su perro.

–La sala 1 está a tope –le dijo Matilde, a modo de confianza, inclinando el cuerpo hacia delante–. No me explico lo poco originales que somos en el vecindario. Si no estamos todos, al menos estaremos más de la mitad del barrio.

–Ya te digo yo, Matilde, que a los que no veremos ni por asomo en el veterinario son al mayordomo ni al *vecino nuevo* –doña Clocota dijo estas dos últimas palabras muy lentamente, moviendo su boca de manera exagerada, como si ese nombre fuera una especie de código.

Luego, levantó la barbilla sin perder de vista la reacción que habían causado sus palabras.

El vecino nuevo, al que con tanto misterio se refería doña Clocota, era el señor Rusflod, el cual, aunque llevaba cuatro meses en el barrio, se había quedado con ese apodo, al menos hasta que llegara otro vecino nuevo.

–Lo dice usted con mucho misterio, doña Clocota. – Matilde conocía a la perfección a la mujer y sabía que estaba deseando que le tirara de la lengua–. ¿Le ha pasado algo al señor Rusflod o a su mayordomo? ¿Se han ido del barrio?

–Oh, no, no, nada de eso –doña Clocota movió la cabeza a ambos lados y, bajando mucho la voz, se acercó hasta Matilde para decirle–: El señor Rusflod sigue como siempre, ocioso en sus cosas, pero ahora el que está muy ocupado es su mayordomo.

–¿Ah, sí? –preguntó Matilde con curiosidad pues doña Clocota había conseguido intrigarla.

Doña Clocota también había conseguido despertar el interés de Gretta que, en vista del poco aliciente que había en la sala de espera, no perdía detalle de la conversación entre las dos mujeres.

–Sí, sí, lo que te digo. Está muy ocupado preparando una exposición que el señor Rusflod junto con su estrafalaria tía Tilda van a montar en el barrio –susurró la mujer mirando a ambos lados.

–No sabía que el señor Rusflod vivía con una tía suya –confesó Matilde encogiéndose de hombros.

–Oh, no, no vive con él –dijo doña Clocota–. Su tía Tilda ha venido para organizar una exposición.

–¿Una exposición?, ¿a qué se dedica la tal Tilda? –preguntó Matilde.

–Viaja por todo el mundo en busca de antigüedades –dijo vagamente doña Clocota quedándose pensativa.

–Ah, ya, compra antigüedades en países y luego hace exposiciones, ¿es así? –Matilde pensó en voz alta–. Y, ¿qué tipo de antigüedades son?

–La cuestión es que su cara me suena –dijo doña Clocota que no había escuchado a Matilde–, ¿dónde la habré visto yo antes?

–Pues a saber. A mí es algo que me pasa mucho, me suena la cara de la gente y no sé de qué –afirmó Matilde quitándole importancia–. Pero, lo que le preguntaba es qué tipo de antigüedades son las que compra –insistió Matilde.

–Uy, de todo, de todo, incluso joyas antiguas –dijo la mujer bajando mucho la voz–. Desde luego, le gustan los lujos, y diría que... demasiado –al decir esto último doña Clocota se quedó pensativa, intentando recordar dónde la habría visto antes.

–Pues este barrio es muy sencillito –comentó Matilde–. Aquí poco lujo va a encontrar.

–Lo que yo te diga, Matilde: le pierden los lujos. En cuanto supo que su sobrino tenía mayordomo, lo puso a

hacer todo tipo de recados, entre ellos, limpiar cada una de las piezas que se exhibirán –dijo doña Clocota que tenía información de primera mano.

–Pobre hombre todo el día de aquí para allí, con la bayeta en la mano –pensó Matilde en voz alta.

–Bueno, bueno, al menos ahora el mayordomo ¡no tiene tiempo de llamar a la perrera! –dijo doña Clocota recordando el incidente con el gato de una de las chicas–. Así que, por ese lado, mejor que esté ocupado con las joyas.

Matilde pestañeó varias veces, no se podía creer aquello de las joyas antiguas y se quedó mirando a doña Clocota, en silencio, con la intención de que la mujer continuara hablando.

Desde luego todo lo que rodeaba al señor Rusflod era misterioso. Desde su enigmática llegada al barrio, pasando por su mayordomo antigatos y ahora esa tía a la que le gustaban tanto los lujos y que parecía haber llegado al barrio con un tesoro bajo el brazo.

Capítulo 2

Una historia por contar

Del señor Rusflod se rumoreaba que era un conde arruinado y que en su juventud había sido un intrépido arqueólogo que había llegado hasta lugares que nadie jamás había excavado.

Aunque todo eso eran habladurías pues nadie había intercambiado con él más de un buenos días o un hasta luego. Excepto doña Clocota, que se las apañaba muy bien para obtener información de la gente.

–Ayer mismo hablé con el señor Rusflod –dijo doña Clocota mientras desenvolvía un caramelo de limón–. Iba con su tía dando un paseo. Fue entonces cuando me contaron lo de la exposición. –A la mujer se le veía contenta al recordarlo–. Incluso me regalaron una entrada y me invitaron a tomar el té.

–Oye, pues qué amables –asentía Matilde–. ¡La invitaron a té y todo!

–Sí, querida, muy amables. Además el té estaba delicioso, y lo sirvieron acompañado de unas pastitas indias riquísimas –dijo doña Clocota que tenía buen paladar y todo le estaba delicioso y riquísimo–. Ay, pero esa cara, ¿dónde la he visto yo antes?

La mujer quería saber a toda costa de qué le sonaba Tilda, pero no lograba recordarlo y eso le sentaba muy mal.

–Veo que, gracias a ese té, obtuvo un buen puñado de información. –Matilde estaba asombrada de hasta dónde llegaban las investigaciones de aquella mujer–. Desde luego usted sería una gran detective, pero cuéntenos, cuéntenos, ¿cómo es el nuevo vecino? Yo nunca lo he visto.

Doña Clocota dio un saltito de emoción y movió los pies varias veces, le encantaba que le reconocieran como una gran investigadora.

–Es un hombre muy agradable y culto, se nota que ha recibido una exquisita educación –aseguró la mujer.

–Me alegro de que sea educado –dijo Matilde mientras asentía–. Da gusto tratar con gente así.

–Nada que ver con su mayordomo –continuó hablando–. Mientras este es bajito y rechoncho, el señor Rusflod es alto y se le ve muy en forma.

–Hará algún deporte o algo –dijo la madre de Greta que sabía los beneficios de realizar ejercicio a diario y recordando que ella aún tenía que salir a correr.

–Y si no fuera por las mil aventuras que vivió mientras recorría el mundo buscando yacimientos arqueológicos –dijo doña Clocota como si conociera al detalle la vida del vecino nuevo–, y que le han dejado la cara como un mapa estrujado, parecería un joven bastante elegante.

Cuando acabó de hablar, sacó un batido de fresa de su bolso y, tras sacarse el caramelo de la boca, bebió con ganas. Estaba fresquito, y a la mujer le dio un escalofrío tras el primer sorbo. La verdad es que no parecía una bebida muy apetecible para el invierno, pero últimamente le había dado por tomar a todas horas las fresas batidas. Según decía, los batidos de fresas tenían muchas vitaminas y minerales que ayudaban a mantener las neuronas en forma y la memoria a punto.

–¡Qué sed! –dijo antes de meterse el caramelo de nuevo en la boca–. Se me estaba quedando la garganta seca. ¿Quieres un poco de batido, Dug?

La mujer le quitó el bozal, no sin antes advertirle que se portara bien y no derramara ni una gota.

Pero el perro, que también se había aficionado a los batidos, estaba tan ansioso por tomar las fresas que clavó los colmillos en el envase y ensució todo el suelo.

–¡Dug, mira cómo has puesto todo! –le regañó mientras el perro paseaba su lengua por el suelo, como si fuera una mopa–. Disculpádmeme, queridas, estos perros son así, algo torpes. ¿Por dónde iba?

–Nos estabas contando cómo es el señor Rusflod –le recordó Matilde mirando de reojo cómo el perro lamía el suelo una y otra vez.

–Ah, sí, sí –volvió a decir la mujer del perro–. Tiene el pelo canoso, pero ¡al menos tiene! Ja, ja, ja, no como su mayordomo. Aunque bueno, esto no tiene ninguna importancia –dijo al ver que ni Matilde ni Gretta le reían la gracia acerca de la calvicie del mayordomo.

–Y, entonces, ¿dice que ahora está muy ocupado con la exposición? –Matilde quería saber más detalles.

–Eso, es. Tilda Rusflod ha ofrecido al ayuntamiento exponer los objetos de su último viaje –aclaró doña Clocota.

–Y, ¿a dónde fue? –dijo Matilde.

–Nada menos que a la India. –Doña Clocota se señaló con el dedo entre las cejas, que era donde las personas de la India llevaban un punto pintado.

–¡La India! Eso está muy lejos. Creo que son unos ocho mil kilómetros –dijo Matilde–, aunque, debe de merecer la pena visitar ese país. Me parece una cultura muy colorida y también con cierto misterio.